# EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

**ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS**

## Vacaciones junto al río

**Charco del Aceite en el río Guadalquivir**

## ÍNDICE



# VACACIONES JUNTO AL RÍO

¡Vivencia original en forma de cuento escrita en el 1988 con los escenarios del Charco del Aceite!



## El Primer Juego

A cámara lenta rueda el coche. Subimos despacio para que la niña no se maree; casi siempre que viaja se marea pero como hoy ella, desde este momento, ya está de vacaciones, hay que procurar que todo le resulte placentero ya que un mareo por experiencia sabe que tiene mal gusto y deja el cuerpo roto.

Las curvas se suceden unas detrás de otras, sobre la carretera caen las zarzas cargadas de moras negras, chorrillos de agua, mil árboles con olor a miel, el río, espesos pinares, cielo azul y las cigarras llenando los campos con sus cantos monótonos. A lo lejos, frente a nosotros, se ve el Yelmo, más abajo, espesos bosques verdes, pueblos, cortijos, intenso perfume de espliego y el sol que en silencio cae quemando el campo. Estamos en pleno verano, es tres de agosto y hoy los rayos de fuego caen y los .campos chirrían heridos de muerte; la tierra se resquebraja abriéndose en grietas y en las laderas, las montañas, ofrecen mil alfombras blancas de pasto crujiente.

Se divisan las torres y las atalayas que a lo largo de los Valles se levantan airosas y estratégicas y que avisaban, en tiempos árabes, y aún antes, la llegada de extraños. Se encendía la lumbre y la luz del fuego iba de una a otra propagando el aviso de que alguien llegaba en medio de la noche. Semejaban una procesión de colosos de cabelleras luminosas, una barrera de gigantes en llamas. El humo y los espejos cumplían de día la misma función, enviando la noticia a los castillos principales. En poco tiempo se conocía la nueva hasta en los lugares más recónditos de la sierra. Los campesinos dejaban las labores en el campo y corrían a refugiarse, aprestarse a las armas.

Mientras nos aproximamos al campamento la niña juega, sonríe, saca su mano por la ventanilla para llenarla de viento. Son sus primeras vacaciones y a sus diez añitos en flor le saben a sueño de nieve, a sirenas de algodón que vuelan, a castillos encantados, a enanitos, bosques y árboles de azúcar. La miro y veo que es feliz aunque sólo sepa expresarlo con su pequeña sonrisa. Se inventa su primer juego: En voz alta va explicando todo lo que aparece ante sus ojos.

- Un pueblo, ahora el pantano azul, corazón de la sierra, pinos, más pinos, muchos pinos retorcidos, esbeltos, redondos, alargados, grises, verdes y color roca, ¿Cuándo llegamos?

- Al volver la curva aparecerán las casas que hay junto al muro del pantano, después viene el túnel negro excavado en las rocas, luego el río, sigue un poco mas la carretera y ya estamos.

- Al pasar por el túnel ve despacio. Nosotros nos preparamos y gritamos fuerte a ver cómo suena.

Me uno a su ilusión y cuando atravesamos la sombra negra del túnel, desde nuestro juego inocente, lanzamos un chorro de voces. Los sonidos se quiebran en las rocas, rebotan en las paredes, se mezclan con más sonidos y al final se escapan por el agujero y se van viento arriba hacia los romeros de las cumbres.

- ¡Qué emocionante!

- Sí que lo es.

Les digo uniéndome a su alegría de sueño limpio en este juego de agua e ilusión mancha que sobre la tarde van

trazando. Ahora los niños, sus pequeños compañeros, los que toman el turno en otro juego nuevo.

- Yo vigilo la carretera, en cuanto vea un bache te lo digo ¿vale?

Le contesto que sí, que vale y el coche se queja empinándose en la cuesta, filtrándose como un centauro por las sombras que proyectan los pinos en el asfalto. A nuestra izquierda, abajo, ya se ve el río; hasta nosotros llega su canción envuelta en el perfume de su alma y comienza a embriagamos. Dos curvas más y llegamos.

Majestuosos los álamos, donde bajo sus sombras vamos a plantar las tiendas, nos saludan doblándose al viento; igual el arroyo limpio que baja de las cumbres, el río, la tarde y la gente, no mucha, que por aquí tienen también sus tiendas de colores. Las cigarras siguen erre que erre llenando la tarde de su angustioso canto. Varios niños juegan en la corriente del arroyo mientras sus mamás se afanan en la comida y sus papás se estiran en las hamacas sacando sus barrigas al sol para que se pongan morenas y luego poder presumir allá en la ciudad. Algunos jóvenes, no muchos, charlan sentados frente al

río que se aleja por el barranco hacia el corazón de la tarde.

La niña ya está nerviosa; tiene sed, desea bañarse, quiere ver las tiendas montadas, siente la emoción en su alma y ahora le crece tanto y tan aprisa que no espera, ya no puede esperar a que las cosas con sus pasos lleguen en su momento justo y a su ritmo. Sin embargo, nos ayuda a preparar el sitio; desdoblamos las tiendas, las extendemos, clavamos los vientos, los tensamos, abrimos las cremalleras, desdoblamos las mantas y los sacos y en su impaciencia enseguida entra dentro, se tumba y exclama:

- ¡Qué agustico se está aquí!. Queda linda esta tienda, es hermoso  este rincón, el aire es fino y resulta agradable la música del arroyo. Nunca me dijiste cómo se llama este lugar.

No soy yo el que responde a su pregunta sino el vigilante del camping que ya ha venido a enterarse de los días que vamos a permanecer aquí. Dándoselas de sabio y entendido en la materia explica a la niña que éste es el Arroyo María, el río que se aleja el, Guadalquivir, el

charco que hay más arriba, donde la gente se baña, el del Aceite y las sierras que a nuestras espaldas se alzan majestuosas y robustas, son las sierras de las Cuatro Villas. Agradecemos la información, más por la niña que por mí, puesto que yo conozco a fondo todos estos lugares, y sin perder más tiempo cerramos las tiendas, ordenamos las cosas en el coche y emprendemos nuestro camino rumbo al Charco del Aceite. En el alma de la niña crece y crece la emoción. Nunca la había visto tan dichosa, tan llena de felicidad ni tan guapa como esta tarde. En cuanto llegamos al charco busca la roca del margen derecho, alza sus brazos, sobre las piedras deja sus ropas, sube al pequeño reborde y sin pensarlo dos veces salta al agua. El líquido salpica contagiado del juego de la niña, traza olas sobre la superficie y uniéndose a la luz de la tarde y al azul de la corriente, se quiebra contra la pared de la cascada.

- ¡Qué fría!

Exclama clavándome sus dos ojitos de luna transparente.

- El agua fría es buena.

- ¿Qué?

- Tonifica, refresca la sangre limpia los poros, llena de vigor.

- Si tú lo dices, te creo.

Se zambulle de nuevo, alarga sus brazos, mueve sus pies y avanza. Ya nada bastante bien; este verano ha aprendido a tirarse desde las rocas y a moverse con agilidad. Sobre la superficie de cristal su coleta rubia se esparce en forma de abanico que se cimbrea al compás de las olas, por su cara color caramelo chorrean pequeñas cascadas de agua limpia, sobre su piel de plata juegan los rayos de oro y una alfombra de espuma blanca la envuelve en la brisa de la tarde. La observo desde la orilla y veo que de vez en cuando, al alzar su mano para saludarme, de sus dedos caen gotitas limpias que suenan a cascabeles cuando se quiebran en el charco.

- Soy feliz.

- Ya te veo.

- Vente conmigo.

Y no lo dudo; salto, atravieso el líquido, nado veloz, me pongo a su lado, la zambullo bajo el agua. Ríe, salta, vamos hasta la roca, descansamos en las repisas. Pasado un rato, ya relajados y con la piel seca por el sol, los dos, primero ella y luego yo, saltamos otra vez al agua, cruzamos la corriente por la parte de las rocas,

giramos a la derecha, paramos en los escalones de la orilla del lado donde está el quiosco. Respira feliz. A nuestras espaldas y casi en vertical, por encima de nuestras cabezas, se alzan los imponentes paredones rocosos que arrancan casi desde el mismo charco y se alargan hasta lo más alto de la cordillera donde desaparecen entre las nubes.

**Preguntas**

- ¿Quién hizo estas rocas? ¿Cómo crecieron? ¿Por qué son tan grandes? ¿Quién las puso aquí?

- Hace millones de años estos mismos pinos eran fondos de algas bailarinas, verdiclaras. Corales blancos lo que hoy son rocas. Y las muchedumbres de peces al unísono, las amplias bandadas de pájaros que ahora la sobrevuelan. La sierra verde y rosada era entonces agua azul, y ese aire finísimo de ahora, olas. En los protegidos y profundos valles moraban las sombras abisales. Todo se movía silencioso, profundo, como a cámara lenta, y las gaviotas con sus gritos agudos parecían anunciar el eco seco de los meses de sol radiante. La nieve que en primavera duerme tendida al sol como una sábana, era

entonces blanca espuma batiendo insistente sus orillas, el aire y las hojas de los árboles. Desde aquellos atardeceres rectos de horizontes azules y planos llegaron estos, quebrados, rojos, malvas y encantados.

Pero al cabo, el agua se retiró con sus fieles gaviotas blancas planeando. Los corales al sol se hicieron rojos y cesaron las algas en su danza. Lo nuevo se hizo con lo anterior, solamente, y las que fueron orillas tranquilas devinieron vértigo. Lo que antes fue agua se llenó de luz y de aire; A lo que fueron sombras profundas accedió la noche buceando por el aire y lo llenó colmándolo. Un cementerio inmenso, húmedo, brilló al sol de aquella mañana en que las cosas y los animales que no pudieron marcharse, se quedaron para siempre. Y se descubrió que en las profundidades había estrellas y un sol roto en millones de gotas, radiantes radiolarios, ammonites, belemnites.... Luego la tierra, las fue cubriendo y apagando, todo se hizo claro en lo profundo. Se vio. Y entonces acudió el primer pájaro que no era de fuego sino de plumas, de viento. Y dejó sobre el limo las primeras huellas y en el último charco de agua salada se le cayó una pluma que empezó a dar vueltas como una

brújula. Enseguida la lluvia abrió el primer surco y se fue con el primer arroyo. Acudieron los insectos y las aves proyectaron sobre la tierra las primeras sombras y los mamíferos habitaron el fondo del antiguo mar. La luna, el sol, las estrellas vieron por primera vez a lo que tantas veces se habían asomado sin ver y les gustó y lo iluminaron calentándolo. Volando llegaron las semillas y crecieron imitando, movidas por el aire, el baile de las algas y se hicieron verdes queriendo ser azules. Se cayeron las hojas de los árboles, como antes las caracolas y las conchas, titubeando hacia el fondo. Y olas fueron las verdes copas del monte movidas por el viento. Quisieron ser, el romero y el espliego, como el aroma sobre la brisa y todo lo perfumaron. Y donde las aguas tantas fueron la luz y la atmósfera dejaron las gotas de rocío, como pequeños mares, para que nadaran las amebas y los veranos. Y asomaron las flores a ver todo aquello y llegaron los hombres y unos y otras vieron que era bueno y se quedaron. Pero aún a veces, cuando llueve extrañamente a mares de nuevo tierra y agua se funden. Entre las grietas que quedan abiertas en la tierra se asoman los radiolarios, las orbitolinas, las ostras.... como si nunca nada hubiera pasado. Ni siquiera tiempo.

Apenas unos millones de años.

Ha permanecido atenta escuchando mi relato; al final para terminar añado:
- El pico más alto de esta cordillera se llama Almagreros y tiene 1.565 m. En sus laderas, al lado sur, en una cueva, brota el agua que baja por el arroyo donde tenemos las tiendas. Al otro lado, en la otra vertiente, está el rey de la sierra, el pantano del Tranco.
- ¿Subiste alguna vez a esas cumbres?
- No una sino muchas. En invierno cuando la nieve blanca las cubre y parecen hadas dormidas, en la primavera cuando las flores se abren y parecen reinos encantados, en verano cuando los manantiales se agotan y la hierba se torna blanca y parecen nubes solitarias perdidas en el universo y en el otoño cuando los alerces se tornan rojos y se asemejan a atardeceres. Cuando estás allá arriba sientes el silencio con tanta fuerza y te aprieta tanto su abrazo que eso es precisamente lo más bello y misterioso de estas sierras: Su silencio gigante.
-¿Me llevarás algún día por esas cumbres?
- Es mi sueño y te aseguro que me encantaría, pero tú sabes que aún no ha llegado el momento. Debes hacerte

mayor, debes llenar más tu corazón de amor por la naturaleza y sobre todo has de conocer más a fondo los misterios de estas sierras. Después, subiremos a las cumbres y te enseñaré el último de los misterios, el más bello de todos y que sólo yo conozco.
- Ya desde ahora espero ese momento con impaciencia.

Cae la tarde. Los que han venido de los pueblos cercanos sólo con el propósito de pasar el día en este rincón, recogen sus cosas, cargan sus coches, suben a ellos, los ponen en marcha y se alejan. Nos vamos quedando solos. En el imponente barranco por donde corre el Guadalquivir y nosotros estamos, el silencio comienza a ensancharse; el viento, que durante el día ha dormido aplastado sobre las cumbres, se despierta y desciende por los arroyos derramando fresco. Las laderas se oscurecen, se estiran los álamos y entre rumor de cascabeles van colgando sus hojas de plata en las mejillas de las estrellas. El barranco se llena de sombras. A lo lejos, por el horizonte, hacia cuyo vientre el río corre, el sol arde en llamas.

En la niña no se ha evaporado ni una sola gota de la felicidad que horas antes tenía. Camina junto a mí por la senda que roza el agua; ya vamos de regreso en busca de las tiendas. Con sus amigos, coge moras de las zarzas, tira piedras a la corriente, juega con las mariposas, colecciona flores, respira hondo el aire limpio, me da su mano, la persiguen sus amigos, grita con ese grito que es miedo, juego, ilusión, sonrisa y también inocencia celeste; besa, ama, goza con ese gozo que es sencillez temblando por los riachuelos del alma y que los humanos llaman felicidad.

En cuanto llegamos a las tiendas cogemos las toallas y nos vamos al arroyo que baja de las cumbres. Junto al puente, bajo la sombra de las higueras, hemos escogido un rincón para el aseo. Lava su carita, peina su pelo, se perfuma de tarde, se pone su camisola azul, entre sonrisas, un juego y otra sonrisa y como no para de jugar me digo que se le ha colado la inocencia de los bosques hasta lo más hondo del ser y ahora ya no es otra cosa que esto: La esencia y el perfume de los montes convertida en juego.

Nos alejamos de la corriente; me vuelve a dar su mano, caminamos siguiendo la pista de tierra que hace de paseo y atraviesa la zona del camping, cruzamos la barrera que sirve de control en la carretera que recorre la sierra de las Cuatro Villas, pasamos por el puente sobre las aguas del Guadalquivir y al fresco nos sentamos en el quiosquillo el Almesino. Cenamos sin prisa y pasado un rato nos volvemos a. nuestras tiendas. Sentados sobre la tela blanca que hemos puesto en el suelo para que haya un pasillo de una tienda a otra, frente a la noche, contamos estrellas. Hablamos del Principito, de las sierras que ahora forman el Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, de cuando, allá por la época de los árabes, las llamaban Montes de Plata, de los hombres que las colonizaron en aquellos tiempos antiguos y todos conocían por los Hornilleros, de los pegueros, llamados así por que se dedicaban a sacar resma de los troncos de los pinos, los madereros que formando cuadrillas talaban y talaban pinos en los valles, las cumbres y las laderas cuyas maderas utilizaban en la construcción de barcos y traviesas del tren, los pastores perdidos por entre los montes con mil historias, y leyendas, los que se tiraron al monte y vivían como salvajes asaltando a los que iban por

los caminos y después la historia los ha dejado recogidos con el nombre de bandoleros, los furtivos que, al ser declaradas estas sierras en Coto Nacional, fueron reciclados y convertidos en guardas mayores.
- Allá por los siglos X y XI, por las aguas de los dos grandes que nacen y atraviesan las sierras del Parque, los hombres de estas montañas transportaban gruesos troncos de pinos salgareños. No podrás creer en hombres que andaban sobre las aguas. Quién podría creer que una mañana Sevilla se levantara con el tranquilo Guadalquivir lleno de bosques y oliendo a resma y a sierra. Y más increíble aún cuando, junto a la Torre del Oro, atracaban esos mismos pinos convertidos en airosos veleros, que luego atravesaban el Atlántico hacia el nuevo mundo.

Por el Tader los bosques llegaban a Calasparra en Murcia. Pero allí tampoco pensaba nadie que fuesen reales aquellos hombres que llevaban subidos sobre el río más de tres meses a base de pan, pimiento molido, vino, aceite y sal y que armados nada más que, simplemente, de largos ganchos de hierro, de más de dos metros, con una punta curvada hacia dentro y otra recta, pastorearan enormes pinos, algunos de más de treinta metros. Al

llegar la noche a su centro la niña se duerme. Está cansada de tantas historias, tantos datos, tantos nombres y tantas sensaciones. De pronto me mira dulce, me sonríe casi entre sueño y me dice:

- Buenas noches, tengo sueño.

Se tumba sobre su saco azul, se arropa con su sábana y en unos instantes se duerme. Aún se oye, de un lado para otro, al resto de de la gente del camping. Frente a nosotros, al otro lado del arroyo hay siete u ocho tiendas y por la parte de arriba, junto al arroyo, pegado al puente, hay otras tantas. No conocemos a nadie; nos sentimos a gusto entre nosotros, en nuestro pequeño rincón y con nuestras cosas. Ni siquiera nos hemos planteado hacer amistad con los que nos rodean.

## Sobre la cuna del viento

Ya amaneciendo oigo el canto del gallo del cortijo que hay un poco más abajo. Abro mis ojos, busco a la niña. Duerme tranquila tapada con su sábana. Al verla tan hermosa respirando dulce en este amanecer limpio, el corazón se me llena de ternura. Siento que es un gozo tenerla tan cerquita en este despertar de sierra; es un

gozo oír su aliento, ver su cara enredada entre cabellos rubios y sábanas azules y al mismo tiempo oír el arroyo aquí a sus pies y respirar el perfume del rocío. Tanto encanto me parece sueño. Hasta dudo que sea real este amanecer, el campamento, las tiendas. Sin embargo la sierra sí está aquí con sus secretos, sus cascadas, su viento, su gran silencio y su alma de eternidad.

Abre sus ojitos. Qué lindos son, qué pequeños, qué limpios y en esta alborada de luz serena y de flores de fino viento.

- Buenos días.

Y su voz se funde con el de la música de la cascada, se despereza en la brisa color de leche tibia y luego se va por el río meciéndose en la espuma blanca. Estira sus brazos, se rebulle en la sábana y el grana sangre de sus mejillas tiñe de oro los rayos de la aurora que se nos van colando por la puerta de la tienda. Buscamos nuestros útiles de aseo, nos organizamos algo y medio adormilados aún, nos vamos a los chorrillos de la corriente del arroyo donde siempre nos lavamos. Despierto mi cara con el agua que a estas horas está casi helada, me afeito. Como el líquido baja desde lo más alto

de las cumbres y acaba de atravesar la noche, trae en su rostro perfume de madroños y suavidades de praderas. También aromas de espliego y mil secretos de fuentes claras. Por eso la niña enseguida se anima y se pone a jugar con sus compañeros. Sube y baja pisando la corriente, coge estrellas en el charco, derrama puñados de agua en la hierba, al oído, entre ellos, se cuentan secretos pequeños, improvisan columpios en las ramas de las higueras y entre ilusión e ilusión se mecen en el aire de la mañana. Cuando ya he terminado, ella lava su carita, sus brazos, sus pies, desenreda el bosque espeso de hilillos de oro bruñidos de sol que le cae sobre las espaldas y dice:

-Dispuesta a beberme las fuentes de luz y los ríos de dicha que brotan del corazón de la sierra.

Regresamos a las tiendas, dejamos en ellas el equipaje de aseo, las ordenamos un poco y nos vamos a desayunar. Junto al charco grande, bajo los pinos de la fuente, tenemos, para nuestro uso propio, una gran mesa de piedra. Sobre ella, todas las mañanas, ponemos la leche, las galletas, el pan, el aceite, las frutas. Y también casi todas las mañanas, en la losa de piedra que forma la

mesa, se nos derrama la leche; pero todas las mañanas, al terminar nuestro desayuno, la niña va a la fuente, llena de agua los vasos y entre mil sonrisas, los vacía sobre la losa. Todas las mañanas la deja limpia para los que vengan detrás. Después de esta operación se pone su bañador, me da su mano, camina metida por el canalillo que baja desde la fuente hasta el río, para ir así jugando al juego de pisar el agua y en las rocas del rincón, cerquita de la orilla del charco, los tres dejan sus pulseras de sueño, sus ropas y hale, al agua. A romper el velo de luz sobre el que aún duerme la quietud de remanso. Es su placer ser cada día la primera en surcar las aguas frías de este charco azul y blanco; es su placer hundir su cuerpo de nata en el cristal aún dormido de este Guadalquivir hondo y recio; es su placer abrazar y besar con sus labios rosa la brisa más limpia y las gotas más- transparentes que la noche ha destilado. Qué niña ésta, Dios; qué ángel de luz travieso y cómo goza tejiendo castillos con los mejores sueños y las esencias más puras de estas montañas.

De los pueblos cercanos, la gente va llegando poco a poco. De un lado a otro van por la orilla y mientras observan curiosos comentan:

-¡Qué valor tiene!

- Con lo fría que está.

- Si casi empieza a clarear el día.

Y ella levanta su brazo para saludarme y sigue en su gozo. Que bien está aprovechando sus vacaciones; cuántas caricias arranca al cielo transparente que por el río se escurre; cuántos sorbos de viento mete y mete en sus entrañas para abastecerse de vida; cuántos besos a la luz, a los esbeltos juncos de las fuentes. Qué sencillas sus vacaciones junto al río y cuán llenas de lo mejor. Al medio día, ya saturada de caricias de hadas y de rayos de sol tibios sobre el escalón modelado en la roca, me busca. Se aleja del charco y mientras caminamos hacia el quiosquillo de Juan Pedro, al pasar junto a la corriente, me dice:

- Es lo que tú opinas; fíjate cuántas bolsas de plástico, cuántos papeles, cuántas botellas cuántas latas tiradas por el campo. Los que vienen de las ciudades, van a lo suyo y les da igual romper el monte, tirar papeles por

doquier o llenar de porquerías las aguas de los arroyos. No saben gozar sin romper, manchar o tirar.

Compruebo que tiene razón y además observo que en la sombra de los pinos, junto a las mesas de piedra, se amontonan los coches; sus dueños han abierto las hamacas y tumbados boca arriba, tuestan al sol sus barrigas infladas de grasa y tripas. De los coches brotan enjambres de músicas enlatadas, las mujeres llenan las parrillas de filetes, los niños se inflan de helados y cocacolas. Contestando a la observación que la niña me ha hecho le digo que sí, que se vienen al campo y ni siquiera saben usarlo para llenarse de salud. Todo lo que piensan es engullir filetes, chorizos, cervezas y dormir bajo las sombras.

- Pero no creas; casi todos han estudiado muchos libros, poseen lujosos coches y presumen de títulos colgados en las paredes de sus casas.

Llegamos al quiosco. Juan Pedro ya nos conoce.

- ¿Vais a comer?

- Prepara algo.

Nos sentamos en las mesas bajo la sombra del almesino. Saboreamos un refresco mientras somos

acariciados por el viento fresco que sube cauce arriba de entre las zarzas y las adelfas. Pasa casi rozándonos la corriente del río. Va muy inflada porque en esta época abren el pantano para los riegos de las riberas por la campiña de Jaén, Córdoba y Sevilla.

- Un día prometiste enseñarme el lenguaje del bosque, la noche, las estrellas y los arroyos, ¿Cuándo lo harás?

- Ya es hora de ello; estás preparada; así que esta segunda noche de nuestro campamento, empezamos.

-¿Sabes mucho tú de esta ciencia?

- Bastante. He pasado mil noches perdido por las montañas, los arroyos y las fuentes claras de este parque. He caminado por la nieve, el hielo, bajo las lluvias de las tormentas, por el frío de las cumbres y bajo los rayos de fuego del sol del verano. Tengo exploradas todas las cimas, cuevas, ríos y barrancos de estas sierras. Caminando una tarde por esas cumbres, de pronto, el cielo se llenó de nubes negras. De entre el bosque y el viento salieron los sonidos de una voz que decía: “No basta querer, sino que hay que conocer” mi compañero me dijo:

- No sé si tú oyes esa voz.

- Sí que la oigo.

- Se oye y además como si estuviéramos en la frontera que separa este mundo de otro.
Y justo ahora se oyó una gran explosión.
- ¡Mira!
Mi compañero señaló hacia el barranco. Allí suspendido en el vacío, surgiendo de entre la niebla y el viento, iba apareciendo una bola gigante como de hielo, pero inundada de colores y rodeada de nubes gaseosas y casi invisibles. En poco rato aquella luz cubrió toda la sierra. Nos dimos cuenta que estábamos fuera del tiempo. Mi compañero preguntó:
- ¿Quién eres?
A lo que una voz, semejante a todas las tonalidades y melodías juntas, dijo:
- Soy yo, el alma de estas montañas; la unión de lo eterno con la Tierra.

Justo ahora nos dimos cuenta que en esta visión, el tiempo, la lluvia, el campo y demás elementos, funcionaban según leyes propias que no tenían nada que ver con el Planeta de los hombres. A un lado y otro chorreaban inmensos bosques de árboles moviéndose al viento y cargados de nieve. Al fondo estaban las

montañas con sus cumbres blancas y más cerca, cerros y llanuras llenos de frescor y aromas. Todo recordaba a las tardes que en otros tiempos habíamos vivido en estas sierras, pero sin embargo esta tarde era hermosa como ninguna. A partir de este día, cada vez que he recorrido estos bosques, he visto tardes que eran casi puras y llenas de belleza; otras llenas de nubes yéndose por el cielo donde relucían millones de rosas mojadas de plata y fuego. He oído músicas cuyas melodías iban desde la Tierra a las nubes y por las cumbres nevadas se fundían con el alba. He olido esencias con perfúmenes de rocío trabado en la luz del arco iris y he saboreado gustos que logran que la carne se erice y el alma llore.

- No entiendo mucho lo que me acabas de explicar, pero tú sabes que respeto lo que tanto amas ¿De esta visión nació tu amor por estas sierras?

- Quizá de aquí; el ser humano le toma cariño a las cosas y a las personas cuando las conoce bien y las roza mucho. No se puede amar lo que ni se conoce ni se roza.

Terminamos de comer y subimos otra vez al charco. Nos metemos en el agua y durante rato vamos de acá para allá nadando, jugando, tomando el sol,

charlando de cosas. Cuando sentimos sed salimos y bebemos en el chorrillo de la fuente que hay en la cueva, en cuyas paredes de rocas calizas húmedas y oscuras, crece en abundancia, la curiosa y escasísima pingüicola. Menos mal, me digo, que la gente que viene por aquí, ni la conoce ni se interesa por ella, porque de lo contrario, ya haría tiempo que estaría erradicada del lugar.

**El lenguaje del campo**

Cuando la tarde empieza a caer y aún las cigarras cantan enloquecidas, colgadas en las ramas de los pinos, regresamos a las tiendas. La niña se pone a lavar su ropa; sus amigos se van con ella y junto a la y corriente y con ésta, organizan otra tanda de juegos. Van, vienen, suben, bajan, salen del charco, entran a él, saltan por las rocas. La tarde, ajena a nosotros, no detiene su marcha. Se va y deja paso a la noche. Me uno a ellos y damos comienzo a un juego que ninguno conoce, pero por el cual la niña está muy interesada. Nos sentamos junto a la corriente; guardamos silencio.

- Para acercarse a oír el lenguaje de la naturaleza es fundamental un profundo silencio; también hace falta

quietud, paz interior y amor, mucho amor; sin amor no es posible llegar nunca a ser amigo del campo. Os diré que hoy día, en las ciudades de los hombres blancos, no hay un lugar tranquilo donde escuchar cómo se abre una flor en primavera o el susurro de los insectos.

- En las escuelas nos enseñan de otro modo.

- Son cosas muy diferentes. Jamás en las aulas explicarán nunca lo que tan en vivo yo he aprendido entre los bosques.

Cierro mi boca y les digo que escuchen. A dos pasos nuestros se oyen los grillos cantar, el viento moviendo las hojas de los árboles, la corriente saltando piedras y esparcirse en el remanso al besar el río; se oye caer el chorrillo donde la niña coge el agua para beber, el búho, algunas ranas, la oscuridad por donde se adivinan las cumbres que se alzan a nuestras espaldas; se oyen el canto de la víbora, el del mochuelo, el rodar de las rocas por las laderas y el silencio. Se oye el silencio caminando suave por las ramas de los pinos, los bordes de las montañas, las olas de los ríos, las fuentes, los bosques y el viento.

La niña se ha quedado quieta sentada junto a mí y no pronuncia palabra. Igual sus amigos y yo. Sentimos la noche avanzar, notamos la caricia del fresco rozando nuestras caras, vemos la luz de las estrellas bailoteando en el espejo del charco y observamos la danza de la luna jugando al escondite entre rocas y pinos. Así como ‘está, se recuesta sobre mis piernas, cierra sus ojitos y se duerme. La cojo en mis brazos y la llevo a la tienda, no hay palabras, no hay ruidos, no hay ni prisa ni necesidad de nada. Esto tiene que ser así. De pronto, nos hemos quedado envueltos por la noche, suspendidos en la cuna del viento y junto al rincón calentito del corazón de la sierra. Nos arrullan los manantiales, nos alumbran las estrellas, nos besan las praderas, nos acarician los pinos y ponen alas a nuestros sueños, la luz de la luna rilando sobre el río. Nos dormimos y es ahora cuando nuestras almas arrancan vuelo y se van por entre las montañas, los arroyos, los bosques, los lagos, las madroñeras, las zarzas. Nos fundimos en viento con el viento y jugamos con el espíritu de las cumbres. Reímos, bebemos, nos bañamos, olemos, charlamos y conocemos muchas cosas. Mil millones de cosas que nadie podrá conocer jamás y que sólo se puede llegar a ellas del modo en que

nosotros hemos llegado. Tampoco es posible explicarlas aquí ni en ningún otro sitio.

Pasa el tiempo y ni lo advertimos. Cuando abro mis ojos ya ha amanecido. Un rayo de sol se nos cuela por la tela blanca. Busco a la niña y la veo despierta. Me mira hermosa sin moverse ni pronunciar palabra. Muevo mi cabeza para preguntarle:

- ¿Lo has vivido?

Levemente, moviendo su cabeza, me da la respuesta.

- Claro que lo he vivido.

- ¿y qué?

- Sin comentarios. No se puede explicar; no hay palabras.

- Pero ¿es hermoso?

- Mucho más que eso.

- ¿Te gusta?

- Traspasa el alma con un fino viento y eleva,

- Guárdalo para siempre y nunca quieras traerlo a las cosas concretas de la materia que a diario nos rodea. Lo estropearías.

Y se incorpora un poco, se acerca a mi cara, me da un beso en la frente y dice:

- Gracias; ahora punto y final, es otro día.
- Tienes razón; es otro día; el tercer día ¿Tocamos diana?
- Hay que levantarlos.

Y a coro cantamos: “Quinto levanta, tira de la manta, quinto levanta, tira del mantón, que viene el sargento con el cinturón”. En la otra tienda se oye a los niños que responden: “Déjalo que venga, déjalo venir, vete a hacer puñetas y déjame dormir”.

Sin embargo, las puertas de las tiendas se abren. Salimos fuera y respiramos el primer aire puro de la mañana. Enseguida nos vamos a nuestro arroyo, organizamos nuestro aseo en forma de juego y sin prisa. Los niños ya saben que en el campo no hay que tener prisa. La naturaleza es así: Tiempo, sol, lluvia, frío y viento detenido en los pinos de las cumbres. Quien viene a estas sierras con prisa jamás se compenetrará con los bosques ni con los pájaros ni con los arroyos. Los niños saben esto y además también saben. que estamos jugando nuestro especial juego. Las cosas más bellas de la vida, las más limpias y las que se meten más hondo en el alma, no son otro asunto que eso: Un juego; un hermoso y gran juego.

Los últimos retoques a mi aseo los pone la niña dando pequeñas palmaditas en mi cara para tonificarla. Arregla un poco su bosque de hilillos de oro que está todo revuelto, trabamos en él una cinta para resaltar su encanto de muñeca y nos vamos. Ponemos rumbo dirección a Villanueva. Aquí, lo primero que hacemos, es desayunar. Hoy, chocolate con churros. Está calentito y aunque ya es algo tarde, sabe a gloria. En el mercado compramos fruta, tres filetes de ternera, almendras secas, cuadernos para dibujar en los ratos de inspiración de la niña y sus compañeros, algunos bolígrafos y de nuevo en marcha hacia nuestro campamento. Pero al pasar por él, no paramos. Seguimos carretera arriba, atravesamos el túnel en las rocas junto al muro del pantano y cerca del quiosco de los helados, dejamos el coche. Subimos las escaleras y en el bar, nos preparan la carne. Está exquisita acompañada de un buen plato de patatas fritas y ensalada. Le damos las gracias al camarero, le pagamos y ahora sí, ahora la niña y sus compañeros, ya están impacientes. Ha llegado el momento de comenzar a jugar el Juego más esperado del campamento.

Bajamos las escaleras, cruzamos la carretera, el dueño del quiosquillo nos da las instrucciones y antes de que acabe, ya la niña corre por la torrentera. Las barcas están ancladas en el barro, allá en lo hondo, en la orilla del agua. Por cierto, este verano, el Pantano del Tranco está casi seco. Sólo tiene un pequeño charquillo junto al muro.

**Otro juego**

La niña está nerviosa. No sabe cómo se juega esta aventura, pero arde en impaciencia por jugarla. Salta y quiera subirse en todas las barcas, los patinetes, las motoras.

- ¿Cuál es la nuestra?

- La blanca grande con remos. Y enseguida salta dentro.

- La llevo yo.

-¿Desde cuándo remas tú?

- Nunca lo hice, pero así aprendo.

Sé bien que es la primera vez que sube a una barca. Sin embargo, a ella, esto no le importa. Trato de convencerla y también a sus amigos, no para que no remen, sino para que primero me vean a mi y luego lo hagan ellos.

- Tú la llevas sólo un rato.
- Atravesamos hasta la otra orilla; de regreso la traéis vosotros.
- También vale.

Y sin más, clavo los remos en el agua. La barca se mueve, gira hacia el centro, avanza recta, surca el líquido. El aire comienza a besar nuestros rostros.
Sobre la proa va sentada la niña. Su pelo le cubre las espaldas. Ríe, con esa sonrisa que es eterna en sus labios. Hasta cuando duerme tiene dibujada una sonrisa en su boca; y desprende tanta belleza su expresión, que uno es feliz sólo con esto: Con verla sonreír. Satisface hasta lo más hondo y más aún aquí; en medio de esta inmensidad de naturaleza remansada, de sol dorando las aguas tibias. Tenía razón el que dijo que la sonrisa de un niño s el mayor espectáculo del mundo. Un día, cuando tenga tiempo, me amarraré a la sonrisa de esta niña y voy a intentar sacar de ella todo ese manantial de perlas, de sueño y de luz, que brilla en sus labios, para construir un poema, un libro o cualquier otra obra bella.

Entre sustos, comentarios, chapuzones, atravesamos el pantano. Amarramos la barca en la roca de la orilla derecha y acordamos establecer aquí nuestro peculiar rincón de baño. Estamos por completo solos. No se oye nada más que el paso suave del viento por entre los pinos, las cigarras celebrando el calor de la singular tarde de verano, el sol cayendo sobre las rocas y la tierra roja de la orilla con el chapoteo alegre de las truchas saltando por la superficie; también desde la proa, la niña a las aguas. Tiene su flotador azul y esto le da seguridad. Se adentra, regresa, sube a la barca, salta de nuevo, nada buscando a sus compañeros; éstos al verla la persiguen, la hunden bajo el agua; grita, pide ayuda...

La tarde avanza; el juego, el agua, el sol, nos llena el corazón de gozo. Son nuestras vacaciones y las estamos estrujando a nuestro aire. Desde el pantano, hasta el bosque y el espliego, nos dan lo mejor de su esencia y nosotros nos la bebemos sin romper ni manchar nada. Se nos ha colado la naturaleza por las venas y al' llegamos al corazón nos ha florecido en felicidad; desde aquí nos rebosa en cascadas y lo convertimos en juego.

Lo resultante de esto es lo que llamamos Nuestras Vacaciones.

Se nos acaba la tarde. Subimos de nuevo a la barca. Ahora los remeros son ellos según lo acordado. La niña se sienta en la proa y comienza a dar sus instrucciones. Pero ahora el viento les viene en contra. Sentado en la popa, observo que en los remos no hay sincronía ni ritmo ni fuerza. La barca no se despega de la orilla. Gira sobre sí misma, se atasca en el barro, en las rocas, en las olas que el viento trae en dirección contraria. No me preocupan sus dificultades, pero veo que a ellos aún menos. Son felices. Esta lucha es lo que les llena de emoción. Ríen, disponen, se esfuerzan, tanto van para adelante como para atrás. Y siguen felices. Es un juego y se abrazan a él con todo el entusiasmo del mundo. Pasa el tiempo y por fin, la que hace de capitana, se rinde ante la evidencia y me dice:
- Sálvanos tú.

Cojo los remos y enderezo la proa; enseguida enfilamos en línea recta hacia la otra orilla. Al llegar al centro del remanso, los tres proponen zambullirse en el

agua y venir nadando detrás. Nos acercamos algo más a las playas de tierra roja y ahora sí, les doy libertad para que vivan su ilusión. Desde la proa salta uno detrás del otro. La niña se pega a la barca; me saluda, nada, me pregunta, grita, ríe, goza. Sus compañeros se van derechos a inspeccionar la lancha motora que hay parada a diez metros del borde del agua. Intentan abordarla; no lo consiguen. Buscan la maroma que, amarrada a una roca fuera del agua, sujeta la barca. Entre juego y algún que otro percance, se vienen a la orilla ayudándose con la cuerda. Ya he sacado nuestra barca fuera y está anclada en el barro. La he sujetado a la roca y nos preparamos lavando manos y pies para quitar la grea rojiza que se nos ha pegado al pisar la orilla. Comenzamos nuestra subida por la pequeña ladera color chocolate, cubierta otros años por estas fechas, por aguas del pantano, pero hoy llena de polvo y rocas.

- Ha sido emocionante. Comenta la niña.

- A mí me ha encantado.

- Contigo se lo pasa uno bomba.

- Me satisface que te estén llenando estas vacaciones.

- Fíjate que viviendo como vivo en uno de los pueblos más bellos de este parque, cerca del pantano y el río,

nunca había venido por aquí y aún menos había imaginado que todo fuera tan divertido y bonito.

Su comentario me alegra. Compruebo que casi he conseguido uno de mis anhelados objetivos: Que se enamorase y metiera dentro de su alma los paisajes de sueño y los silencios de eternidad de los rincones de este parque natural. Además de descansar física y psicológicamente, creo que todas las vacaciones del mundo deben servir para ensanchar el alma y elevar el espíritu. Mi opinión es que si uno se roza con cascadas limpias, uno se vuelve más sencillo en el alma; si se deja abrazar por silencios hondos, uno se llena de conocimientos elevados; si se respira aire con olor a romero y pinos, uno se hace más humilde y así sucesivamente. Y además, si a uno esas sensaciones se le cuelan en el alma en forma de sueño cuando se es aún pequeño como la niña, eso se imprime ahí dentro y deja una huella que te marca para siempre. Es privilegio sólo de pocos, pero casi creo que entre éstos pocos está ella. Descubrir esto me alegra mucho.

**Millones de cantos**

En el quiosco de la carretera compramos un helado. El calor a estas horas sigue apretando y la cuesta que hemos subido nos ha hecho sudar. Nos despedimos del dueño de las barcas; surcamos, una vez más, las sombras del túnel repitiendo el juego que conocemos, recorremos los seis kilómetros que separan el pantano del campamento, paramos en el bar de Juan Pedro, cenamos la tortilla de costumbre, nos vamos a las tiendas. Ya es de noche; nos aseamos un poco, nos sentamos en la tela del pasillo entre una tienda y otra, cogemos el organillo electrónico, el casete pequeño y comenzamos el último y más emocionante de los juegos vividos en estas vacaciones.

- Primero yo.

Y los blancos dedos de la niña pulsan las teclas. Las notas surgen vestidas de magia. Completa una melodía, le pone acompañamiento, elige un ritmo, asigna un instrumento y habla para aclarar:

- Con esta canción intento expresar las sensaciones que sentí cuando llegamos el primer día a este barranco. Se titula SALUDOS. Aprieta el botón y la música suena. En

silencio la oímos y como me gusta, la grabamos. A continuación le toca a uno de sus compañeros.

- Con mi canción expreso lo que oí que nos dijo el río y el arroyo cuando llegamos. Su voz sonaba a cascabeles y nos saludó con esta música que se titula ABRAZOS. De nuevo me quedo encantado porque la melodía es sencilla pero bella. La oímos con interés, la grabamos y toma el teclado su otro amigo.

- Pues yo, cuando aquella tarde llegamos a este rincón oí a las montañas, con su lenguaje de viento, que nos saludaban con esta música que se titula ACOGIDA.

Con interés oímos su creación, la grabamos y como ahora me toca a mí, antes de empezar, aclaró:

- Este es el juego: Se trata de expresar con música el lenguaje de las cosas que nos rodean y que anoche, antes de dormir, gustamos. Mi canción va a descifrar el gozo que el agua del río experimentó cuando aquella primera tarde la niña sumergió su cuerpo en el charco. Su título es BESOS.

Me miran en silencio, me siguen con sus pensamientos, esperan el momento. Pongo en

funcionamiento los mecanismos y al oír la canción se regocijan felicitándome. También la grabarnos y a partir de aquí, poco a poco nos metemos en el juego. Sigue una canción y otra: canción de los árboles verdes para que la niña se duerma, la voz de la noche, turbulencias del Guadalquivir, amanecer, gotitas jugando con los dedos de la niña, canción de los álamos, danza de los peces, juegos del arroyo, canción del agua, estrella fugaz, canción de las estrellas, último amanecer y despedida.

Al llegar aquí paramos porque se ha completado la cinta y además es casi de madrugada. Hace frío. Nos ponemos de acuerdo y guardamos la cinta. Mañana, cuando comencemos a subir por la carretera, camino del pueblo de la niña, pondremos esta música. Nos acompañará en el momento de la despedida. Será, como todo en estas vacaciones nuestras, una despedida original para que no se nos olvide nunca. Y así decidido, entramos a las tiendas, nos arropamos y en un momento estamos dormidos

## Despedida

Cuando despertamos, como casi todos los días, el sol baña los campos y se refleja en la corriente. Nuestros vecinos, los que en el otro lado del arroyo tienen también sus tiendas, ya andan de acá para allá. Despierto a la niña. Veo en su cara que esta noche ha dormido mejor y más que ninguna otra noche. Sonríe más bella, parece más sueño, está más feliz, hay más paz en su alma.

- Ya sabes qué día es hoy.

- Es el último; hoy llega mamá, estoy deseando verla. Ella no conoce nuestro campamento ni sabe en qué sitio está este lugar. Con lo que le gusta el campo, cuando llegue y vea esto se quedará encantada.

- Pero debemos darnos prisa; hay que arreglar la tienda, ordenar y limpiar el campamento, tenemos que aseamos. Hemos de impresionarla en todo.

- Y si me ve feliz, se alegrará y en futuras ocasiones me dejará venir otra vez.

- ¿Te apuntarías a una próxima?

- En cuanto me lo digas y con los ojos cerrados.

- Pues entonces en marcha que el tiempo corre.

Y la niña, se deshace de su sábana, peina su pelo, ordena su tienda, se lava en el arroyo, lava toda la ropa sucia que tiene, la tiende en el tendedero que sus amigos le han construido entre los álamos junto a las tiendas y mientras tanto no deja de ser feliz y esto me sigue llenando. Diré ahora aquí, que cuando comenzamos el campamento, en más de una ocasión, tuve el presentimiento que no se lo pasaría bien. Ya dije que es la primera vez que sale de su casa, tiene diez añitos. Creí que se acordaría mucho de su madre, de su abuela, de sus cómodos sillones, de su blanca cama, de la tele... Y sin embargo no ha sucedido así. En ningún momento la he visto triste ni ha añorado nada; más bien parece como silo que hemos vivido estos días formara parte de las cosas normales de su vida cotidiana. Estoy contento. Ha merecido la pena. Lo ha saboreado a fondo con la misma sencillez y belleza con que juega con su hermanita o arregla las cosas de su habitación.

A medía mañana llega la madre. Se abraza a ella y la besa. Su corazón salta de gozo. le falta tiempo para explicar esto, lo otro y lo demás allá. Y entre una cosa y

otra también enseguida propone a la madre que le haga una paella.

- Estoy deseando comer arroz.

Sacamos el perol, los alimentos, buscamos leña y en las cocinas de piedra que hay cerca del charco, la que está bajo la sombra de las higueras, comienza la paella a prepararse. Mientras se guisa, se da el último baño. Hoy está muy fría el agua y ahora con tantas emociones en su alma, el baño no le gusta tanto como el primer día. Lo comprendo. Me llama, me pide que le ayude a ponerse sus zapatillas, nos vamos a la cocina y como ya está el arroz hecho, cargamos con la paellera, recorremos el camino desde el charco hasta el puente, entre mil comentarios y el sol que nos quema. En tres mesas de tablas, bajo la sombra del almesino, en el quiosco de Juan Pedro, nos organizamos. Por última vez Juan Pedro nos da platos, cubiertos, vasos y damos comienzo a nuestro festín.

El arroz ha salido buenísimo; lo devoramos con gran apetito. Dos o tres veces, la niña se levanta a por las bebidas, a meter la sandía en el agua de la fuente, a por el pan. Siempre es así: Antes de que nadie le diga nada

ella cae en la cuenta de lo que falta y se levanta a buscarlo entre gozo, sonrisas y juegos. Cosas hermosas son estos detalles. Por ser insignificantes resultan importantísimos para la convivencia y la felicidad de un grupo. Crean armonía y agradecimiento. Parece como si ella lo hubiera estado practicando desde siempre. Y según mi descubrimiento, es sólo una pincelada más del juego continúo sobre el que gira su vida de cristal. Pero aún siendo así o porque es así, resulta hermoso.

Son las cuatro y media cuando terminamos de comer. Recogemos, atravesamos el puente del río Guadalquivir, la barrera del control, las tiendas de nuestros compañeros por entre los álamos, el puente del Arroyo María bajo cuya sombra, en el arroyo, todos los días nos hemos lavado y llegamos a nuestro campamento. La niña se deshace en enseñar a la madre esto y aquello y en explicarle todo. Es natural que aquí ahora ya tenga trozos de su alma y veo que es tambi6n muy natural que quiera compartirlo con la persona que más quiere en el mundo.

Sus compañeros y yo nos dedicamos al desmontaje. Primero la tienda de los niños, las mochilas, la ropa; luego la de la niña, la doblamos, limpiamos el sitio para que cuando lleguen otros se lo encuentren a punto, pongo mi mochila en las espaldas de la niña porque así lo quiere y nos vamos al coche. Rellenamos el maletero, los asientos de atrás, bebemos agua en el chorillo que cae de la roca, donde la niña, todos lo días ha llenado su botella, subimos, damos la vuelta y nos ponemos en marcha.

- Ya se acabó.

Comenta uno de los niños.

-¡Qué pena, mamá!

- Ya vendrás otro año.

- ¿Me dejarás?

- Claro.

- ¿Me comprarás una tienda nueva?

- Hay que ahorrar.

- Ahorraré todo lo que pueda, porque desde ahora ya estoy deseando que llegue el verano y el mes de agosto.

Pongo la cinta que tenemos grabada. La música comienza a sonar. La niña se recuesta sobre los cristales del coche; con su mano va diciendo adiós. El coche sube

empinándose por la cuesta. Derrama sus ojitos en el último paseo por el barranco del río, los pinos, las rocas, las cumbres y el cielo azul. No comenta nada. Tampoco yo. Suena la música y ella la saborea en su alma. Ya sabe que la armonía de los sonidos con ritmo y melodía, valen por encima de todas las cosas. Pero ella sabe, además, que por encima de la música hay algo aún más valioso: ES EL SILENCIO. Por eso observa, se despide con su mano y va dejando el alma sobre el eterno silencio del profundo barranco por donde corre el Guadalquivir.